



SOBRE LOS ORÍGENES DEL CRISTIANISMO

Federico Engels

Biblioteca Libre
OMEGALFA
2018
Ω

Federico Engels
Sobre los orígenes del Cristianismo
Compilación:
Sobre la historia del cristianismo primitivo
Bruno Bauer y el cristianismo primitivo
El Libro de la Revelación

Maquetación: Demófilo,
Noviembre, 2018

Ilustración de la portada:
Relieve de la Iglesia de
Santa María Antigua (Roma)
Fuente: [MARGINALIA](#)



Federico Engels

Sobre los orígenes del Cristianismo



Biblioteca Libre

OMEGALFA

2018

Ω

INDICE

Preámbulo.....	5
Sobre la historia del cristianismo primitivo...	6
Bruno Bauer y el cristianismo primitivo.....	38
El libro de la Revelación.....	49

Preámbulo:

Los orígenes históricos del cristianismo han sido, y siguen siendo, un tema difícil de abordar. Las fuentes de información sobre las primeras comunidades religiosas son mayoritariamente cristianas y han estado en manos del clero, que realizó un cuidadoso trabajo de selección y destrucción de materiales, mezclando teología e historia, con la intención de ajustar los hechos al modelo de la institución eclesiástica.

A finales del siglo XIX y principios del XX diversos autores marxistas se interesaron por el tema, escribiendo textos sobre dicha problemática. Uno de ellos fue Federico Engels. Entre las obras al respecto debidas a su pluma, figuran las tres que el lector encontrará en las siguientes páginas: *“Sobre la historia del cristianismo primitivo”*, *“Bruno Bauer y el cristianismo primitivo”*, y *“El libro de la revelación”*.

Proceden del libro *“Carlos Marx, Federico Engels: Sobre la Religión”*, compilación de variados materiales, publicado por la Editorial Cartago en Buenos Aires (1959).

SOBRE LA HISTORIA DEL CRISTIANISMO PRIMITIVO

I

La historia del cristianismo primitivo tiene notables puntos de semejanza con el movimiento moderno de la clase obrera. Como éste, el cristianismo fue en sus orígenes un movimiento de hombres oprimidos: al principio apareció como la religión de los esclavos y de los libertos, de los pobres despojados de todos sus derechos, de pueblos subyugados o dispersados por Roma. Tanto el cristianismo como el socialismo de los obreros predicán la próxima salvación de la esclavitud y la miseria; el cristianismo ubica esta salvación en una vida futura, posterior a la muerte, en el cielo. El socialismo la ubica en este mundo, en una transformación de la sociedad. Ambos son perseguidos y acosados, sus adherentes son despreciados y convertidos en objeto de leyes exclusivas, los primeros como enemigos de la raza humana, los últimos como enemigos del Estado, enemigos de la religión, de la familia, del orden social. Y a pesar de todas las persecuciones; más, incluso alentados por ellas, avanzan victoriosa e irresistiblemente. Trescientos años después de su aparición, el cristianismo fue reconocido como religión del Estado en el imperio mundial romano, y en sesenta años apenas el socialismo ha conquistado una posición que hace absolutamente segura su victoria.

Por lo tanto, si el profesor Antón Menger se pregunta, en su *Derecho al producto total del trabajo*, por qué con la enorme concentración de la propiedad de la tierra bajo los emperadores romanos y con los ilimitados sufrimientos de la clase obrera de la época, compuesta en forma casi exclusiva por esclavos, “el socialismo no siguió a la caída del Imperio Romano de Occidente”, se lo pregunta porque no ve que ese “socialismo” existió en la realidad, hasta donde ello era posi-

ble en esa época, e incluso alcanzó una posición dominante... en el cristianismo. Sólo que este cristianismo, como tenía que suceder dadas las condiciones históricas, no quiso cumplir las transformaciones sociales en este mundo, sino más allá de él, en el cielo, en la vida eterna después de la muerte, en el inminente “milenio”.

El paralelo entre los dos fenómenos históricos atrae nuestra atención ya desde la Edad Media, en los primeros levantamientos de los campesinos oprimidos y particularmente de los plebeyos de las ciudades. Estos levantamientos, como todos los movimientos de masas de la Edad Media, estaban obligados a llevar la máscara de la religión y aparecieron como la restauración del cristianismo primitivo para salvarlo de la difusión de la degeneración.[1]

-
- 1 Una peculiar antítesis de esto fueron los levantamientos religiosos del mundo mahometano, en especial en el África.

El islamismo es una religión adaptada a los orientales, en particular a los árabes, es decir, por una parte a los hombres de las ciudades dedicados al comercio y la industria, por la otra a los beduinos nómadas. Pero hay en él el embrión de una colisión que reaparece en forma periódica. Los habitantes de las ciudades se enriquecen, viven en el lujo y no se esmeran en la observancia de la “ley”. Los beduinos, pobres y por lo tanto de estricta moralidad, contemplan con envidia y codicia estas riquezas y placeres. Luego se unen bajo un profeta, un **mehedi**, para castigar a los apóstatas y restablecer la observancia del ritual y de la fe verdadera, y para apropiarse, en recompensa, de los tesoros de los renegados. Al cabo de cien años, como es natural, se encuentran en la misma posición de los renegados de antes: surge la necesidad de una nueva purificación de la fe, aparece un nuevo **mehedi** y el juego recommienza otra vez. Esto fue lo que sucedió desde las campañas de conquista de los almorávides africanos y los **almohades** de España hasta el último **mehedi** de Kartum, que con tanto éxito contuvo a los ingleses. Lo mismo, o algo similar, sucedió con los levantamientos en Persia y otros países mahometanos. Todos estos movimientos estaban revestidos del ropaje de la religión, pero tenían su fuente en causas económicas. Pero cuando triunfan permiten que las antiguas condiciones económicas se mantengan intactas. De manera que la situación anterior se conserva inmutable y la colisión se repite en forma periódica. En los levantamientos populares del Occidente cristiano, el disfraz religioso es sólo una bandera y una máscara para los ataques contra un orden económico que se torna anticuado. Este es finalmente derribado, surge uno nuevo y el mundo pro-

Pero detrás de la exaltación religiosa había en todas las ocasiones un interés mundano sumamente tangible. Esto apareció en forma muy visible en la organización de los taboritas bohemios bajo Jan Zizka, de gloriosa memoria. Pero esta característica impregna toda la Edad Media, hasta desaparecer en forma gradual después de la guerra campesina de Alemania, para revivir con los obreros comunistas después de 1830. Los revolucionarios comunistas franceses, y también en particular Weitling y sus partidarios, se refirieron al cristianismo primitivo mucho antes de las palabras de Renán: *“Si quisiera darles una idea sobre las comunidades cristianas primitivas, les diría que estudien a una sección local de la Asociación Obrera Internacional.”*

Este hombre de letras francés, que compuso la novela sobre la historia de la iglesia intitulada *Origines du Christianisme*, para lo cual mutiló la crítica alemana de la Biblia, de una manera que ni siquiera cuenta con precedentes en el periodismo moderno, no sabía cuánta verdad había en las palabras que se acaba de citar. Me gustaría conocer al antiguo “Internacional” que pudiese leer por ejemplo, la denominada Segunda Epístola de Pablo a los Corintios sin reabrir antiguas heridas, por lo menos en un sentido. Toda la epístola, del capítulo ocho en adelante, repite la queja eterna y, ¡ay!, tan conocida: *les cotisations ne rentrent pas*, ¡las contribuciones no llegan!

¡Cuántos de los más celosos propagandistas de la década del 60-70 estrecharían con simpatía la mano del autor de la epístola, fuese quien fuere, y le susurrarían: *¡“De modo que también a ustedes les sucedía lo mismo”!* También nosotros — los corintios eran legión en nuestra Asociación— podemos

gresas. (Hasta aquí la nota de Engels). **Almorávides:** dinastía feudal berberisca del norte de África y sur de España, durante los siglos XI y XII. **Almohades:** dinastía feudal berberisca que remplazó a los almorávides y reinó en los siglos XII y XIII. **El mahdí de Kartum:** Mohammed Ahmed (c. 1844-1885), dirigente del levantamiento nacional de campesinos y nómades del Sudán oriental (1881-1885), dirigido contra los ingleses y otros colonos europeos. Terminó con la expulsión de éstos hasta 1898.

decir algo sobre las contribuciones que no llegan, pero que nos atormentan y flotan, esquivas, ante nuestros ojos. ¡Eran los famosos “millones de la Internacional”!

Una de nuestras mejores fuentes respecto de los primeros cristianos es Luciano de Samosata, el Voltaire de la antigüedad clásica, que se mostró igualmente escéptico hacia todo tipo de supersticiones religiosas y que por lo tanto no tuvo motivos pagano-religiosos ni políticos para tratar a los cristianos de distinta manera que a alguna otra clase de comunidad religiosa.

Por el contrario, se burló de todas ellas por su superstición, de las que rezaban a Júpiter no menos que de las que rezaban a Cristo. Desde su punto de vista superficialmente racionalista, una clase de superstición era tan estúpida como la otra. Este testigo, por lo menos imparcial, relata, entre otras cosas, la historia de la vida de cierto aventurero Peregrinus, llamado Proteo, nacido en Pario, en el Helesponto. En su juventud este peregrino hizo su *debut* en Armenia cometiendo el delito de fornicación. Fue sorprendido durante el acto y estuvo a punto de ser linchado de acuerdo con las costumbres del país. Tuvo la fortuna de escapar, y después de estrangular a su padre en Pario, tuvo que huir.

“Y así fue —cito de la traducción de Schott— que también él llegó a enterarse de la sorprendente doctrina de los cristianos, con cuyos sacerdotes y escribas había cultivado relaciones en Palestina. Hizo tales progresos en tan breve tiempo, que sus maestros eran como niños en comparación con él. Se convirtió en un profeta, en un dignatario, en un maestro de la sinagoga; en una palabra, llegó a serlo todo. Interpretó los escritos de ellos y escribió a su vez una gran cantidad de obras, de modo que la gente vio finalmente en él a un ser superior, le permitió que dictara las leyes y lo convirtió en su inspector (obispo)... Debido a ello (es decir, porque era un cristiano), Proteo fue al cabo arrestado por las autori-

dades y encarcelado... Mientras se encontraba ahí encadenado, los cristianos, que vieron en su captura una gran desdicha, hicieron todas las tentativas posibles para liberarlo. Pero no lo lograron. Entonces lo cuidaron en todas las formas posibles y con la mayor solicitud. Al alba se podía ver a ancianas madres, viudas y jóvenes huérfanas apiñándose a las puertas de su cárcel. Los más prominentes de los cristianos sobornaron incluso a los carceleros y pasaron noches enteras con él. Llevaban su comida consigo y leían sus libros sagrados en su presencia. En pocas palabras, el amado Peregrinus (todavía usaba ese nombre) era nada menos que un nuevo Sócrates. Enviados de comunidades cristianas llegaban hasta él, aun de pueblos del Asia Menor, para ayudarlo, consolarlo y declarar en su favor ante el tribunal. Es increíble la rapidez con que actúa esta gente cuando se trata de la comunidad. No ahorran esfuerzos ni gastos. Y así comenzó a llegar dinero desde todas partes a las manos de Peregrinus, de modo que su encarcelamiento se convirtió para él en fuente de grandes ingresos. Porque la gente pobre estaba convencida de ser inmortal en cuerpo y alma, y de que viviría para toda la eternidad. Por eso se burlaban de la muerte e incluso muchos de ellos sacrificaban su vida en forma voluntaria. Entonces su más prominente legislador los convenció de que serían hermanos los unos de los otros una vez que se convirtiesen, es decir, una vez que renunciaran a sus dioses griegos, creyesen en el sofista crucificado y viviesen de acuerdo con las prescripciones de éste. Por eso desprecian todos los bienes materiales y los poseen en común, doctrinas que han aceptado de buena fe, sin demostraciones ni pruebas. Y cuando llega hasta ellos un hábil impostor que sabe utilizar con inteligencia las circunstancias, puede enriquecerse en poco tiempo y reírse de estos tontos. Por lo demás, Peregrinus fue puesto en libertad por el que entonces era prefecto de Siria.”

Luego, después de otras aventuras,

“nuestro notable inició por segunda vez (desde Pario) sus peregrinaciones; en lugar de dinero utilizó para sus viajes la buena disposición de los cristianos. Estos satisfacían sus necesidades en todas partes, y nunca les faltó nada. Durante un tiempo fue alimentado de esa manera. Pero luego, cuando también violó las leyes del cristianismo —creo que lo pescaron comiendo algún alimento prohibido— lo excomulgaron de su comunidad.”

¡Qué recuerdos de juventud me vienen a la mente mientras leo este pasaje de Luciano! En primer lugar el “profeta. Albrecht”, que desde el 1840, más o menos, saqueó literalmente las comunidades comunistas de Weitling, en Suiza, durante varios años; era un hombre alto y poderoso, de larga barba, que recorría Suiza a pie y reunía al público para predicar su nuevo evangelio misterioso de la emancipación mundial, pero que, en fin de cuentas, parece haber sido un farsante tolerablemente inofensivo, que pronto murió. Entonces su sucesor no tan inofensivo, “el doctor” George Kuhlmann, de Holstein, que aprovechó la época en que Weitling estuvo en la cárcel para convertir a las comunidades de la Suiza francesa a *su propio evangelio*, y con tanto éxito, que incluso engañó a August Becker, con mucho el más inteligente pero también el más inútil de todos ellos. Este Kuhlmann solía pronunciar ante ellos conferencias que fueron publicadas en Ginebra, en 1845, con el título de *El nuevo mundo, o el Reino del Espíritu en la Tierra. Proclamación*. En la introducción, escrita por sus partidarios (probablemente por August Becker) leemos:

“Hacia falta un hombre en cuyos labios encontrasen expresión todos nuestros sufrimientos, todos nuestros anhelos y esperanzas; en una palabra, todo lo que afecta más profundamente a nuestra época... Este hombre, esperado por nuestro siglo, ha llegado. Es el doctor George Kuhlmann, de Holstein. Se ha presentado con una doctrina del nuevo mundo o del

Apenas necesito agregar que esta doctrina del nuevo mundo no es otra cosa que la paparrucha más vulgar y sentimental, traducida en expresiones semibíblicas o *la Lamennais* y declamada con arrogancia de profeta. Pero esto no impidió que los buenos weitlinguistas llevasen al estafador en andas, como los cristianos del Asia hicieron con Peregrinus. Los que en todo otro sentido eran arehidemócratas e igualitarios extremos, hasta el punto de estimular sospechas imposibles de desarraigar contra todos los maestros de escuela, periodistas y, en general, contra cualquier hombre que no fuese un obrero manual —sospechas en el sentido de que eran “eruditos” dispuestos a explotarlos—, se dejaron convencer por un Kuhlmann melodramáticamente ataviado de que en el “Nuevo Mundo” sería el más sabio de todos, *id est* Kuhlmann, quien reglamentaría la distribución de los placeres y que por lo tanto, incluso entonces, en el Viejo Mundo, los discípulos debían proporcionar carradas de placeres a ese mismo hombre, el más sabio de todos, y conformarse ellos con las migajas. De manera que Peregrinus Kuhlmann vivió una espléndida vida de placeres a expensas de la comunidad... mientras ésta duró. No duró mucho, es claro. Las crecientes murmuraciones de los que dudaban y de los que directamente no creían, y la amenaza de persecuciones por el gobierno de Vaudois, pusieron fin al “Reino del Espíritu” en Lausana. Kuhlmann desapareció.

Todos los que han conocido por experiencia el movimiento de la clase obrera europea en sus comienzos, recordarán docenas de ejemplos similares. Hoy esos casos extremos se han tornado imposibles, por lo menos en los grandes centros poblados. Pero en los distritos remotos donde el movimiento ha ganado nuevo terreno, un pequeño Peregrinus de esta clase puede contar todavía con un éxito temporario y limitado. Y así como todos aquéllos que no tienen nada que esperar del mundo oficial y ya no saben qué hacer en relación con él —opponentes de la inoculación, partidarios de la abstemia, vege-

tarianos, antiviviseccionistas, naturistas, predicadores libres cuyas comunidades han caído hechas pedazos, autores de nuevas teorías sobre el origen del Universo, inventores sin éxito ni fortuna, víctimas de injusticias reales o imaginarias y a quienes los burócratas denominan “picapleitos inútiles”, tontos honrados y estafadores deshonestos—, así como todos éstos se apiñan en todos los países en torno a los partidos de la clase obrera, así sucedió también con los primeros cristianos.

Todos los elementos que han sido puestos en libertad, es decir, que han quedado sueltos debido a la disolución del mundo antiguo, entran uno tras otro en la órbita del cristianismo, por ser éste el único elemento que ha resistido ese proceso de disolución —ya que era el producto necesario de ese proceso— y por haber persistido y crecido mientras los otros elementos no eran más que mariposas efímeras. No había fanatismo, tontería o proyecto que no atrajesen a las jóvenes comunidades cristianas y que por lo menos por un tiempo, y en lugares aislados, no encontrasen oídos atentos y creyentes dispuestos. Y como nuestras primeras asociaciones de trabajadores comunistas, los primeros cristianos aceptaron con una credulidad tan sin precedentes cualquier cosa que se adaptara a sus fines, que ni siquiera tenemos la seguridad de que uno que otro fragmento de la “gran cantidad de obras” que escribió Peregrinus para la cristiandad no se insinuara en nuestro Nuevo Testamento.

II

La crítica alemana de la Biblia, hasta hoy la única base científica de nuestro conocimiento de la historia del cristianismo primitivo, siguió una doble tendencia.

La primera fue la de la *escuela de Tubinga*,^[2] a la cual, en el sentido más amplio, pertenece también D. F. Strauss. En materia de investigación crítica, esta escuela llega tan lejos como puede hacerlo una institución *teológica*. Admite que los cuatro evangelios no son relatos de testigos oculares, sino sólo adaptaciones posteriores de escritos que se han perdido; que sólo son auténticas cuatro de las epístolas atribuidas al apóstol Pablo, etc.

Elimina como inaceptables, en las narraciones históricas, todos los milagros y contradicciones; pero de lo restante “trata de salvar lo que se pueda”, con lo que se hace evidente su naturaleza de escuela teológica. Ello permitió a Renán, que se basa en gran parte en ella, “salvar” aún más con la aplicación del mismo método y, lo que es más, tratar de imponernos como históricamente verídicos muchos relatos del Nuevo Testamento que son más que dudosos, aparte de una multitud de otras leyendas sobre mártires. En todo caso, todo lo que la escuela de Tubinga rechaza como no histórico o apócrifo puede ser considerado por la ciencia como definitivamente eliminado.

La otra tendencia tiene un solo representante: *Bruno Bauer*. Su mayor mérito consiste, no sólo en haber efectuado una crítica implacable de los evangelios y de las epístolas de los

2 *Escuela de Tubinga*: escuela de investigaciones y crítica bíblicas fundada por F. Bauer en la primera mitad del siglo XIX. La crítica racionalista de los evangelios, realizada por sus adherentes, es notable por su incoherencia en el deseo de mantener como históricamente dignas de confianza ciertas proposiciones de la Biblia. Sin quererlo, esta escuela contribuyó en gran medida, con su crítica, a minar la autoridad de la Biblia como fuente histórica en la que se podía confiar

apóstoles, sino en haber emprendido seriamente y por primera vez el examen de los elementos judíos y greco-alejandrinos y también de los puramente griegos o greco-romanos que por primera vez prepararon para el cristianismo la carrera de religión universal. Después de Bruno Bauer ya no se puede sostener la leyenda de que el cristianismo surgió íntegro y completo del judaísmo y de que, luego de salir de Palestina, conquistó el mundo con su dogma ya definido en sus lineamientos principales y en su moral. Desde entonces, sólo puede continuar vegetando en las facultades teológicas y en el espíritu de las personas que “quieren mantener viva la religión para el pueblo”, aun a expensas de la ciencia. La enorme influencia que la escuela filónica de Alejandría y la filosofía vulgar greco-romana — platónica y principalmente estoica— tuvieron sobre el cristianismo, que bajo Constantino se convirtió en religión del Estado, está lejos de haber sido definida en detalle, pero su existencia se ha demostrado, y ésta es la principal consecución de Bruno Bauer; éste sentó las bases para la demostración de que el cristianismo no fue importado de afuera —de Judea— del mundo romano-griego e impuesto a éste, sino que por lo menos en su forma de religión universal, es producto de ese mismo mundo.

Es claro que Bauer, como todos los que luchan contra prejuicios inveterados, superó en ese trabajo sus objetivos. A fin de definir —también mediante la utilización de fuentes literarias— la influencia de Filón y en especial la de Séneca sobre el cristianismo naciente, y para denunciar formalmente a los autores del Nuevo Testamento como plagarios lisos y llanos, se vio obligado a demorar en medio siglo la aparición de la nueva religión, a rechazar los relatos de los historiadores romanos que lo refutarían y a tomarse amplias libertades con la historiografía en general. Según él el cristianismo como tal sólo aparece bajo los emperadores Flavios, y la literatura del Nuevo Testamento sólo bajo Adriano, Antonio y Marco Aurelio. De esta suerte los relatos del Nuevo Testamento sobre Jesús y sus discípulos son despojados por Bauer de todo antecedente histórico, se diluyen en leyendas en las que las fa-

ses de desarrollo interior y las luchas morales de las primeras comunidades son atribuidas a personas más o menos ficticias. Según Bauer, los lugares en que nació la nueva religión no son Galilea ni Jerusalén, sino Alejandría y Roma.

Por lo tanto, si la escuela de Tubinga nos presenta, en lo que ha dejado intacto de las narraciones y la literatura del Nuevo Testamento, el máximo de lo que la ciencia puede aceptar, todavía hoy, como discutible, Bruno Bauer nos entrega el máximo de lo que se puede discutir. Entre estos dos límites se encuentra la verdad real. Es muy dudoso el que ésta pueda ser definida con los medios de que disponemos en la actualidad. Nuevos descubrimientos, particularmente en Roma, en Oriente y sobre todo en Egipto, contribuirán a ello más que ninguna otra crítica.

Pero en el Nuevo Testamento tenemos un único libro cuya época de redacción puede ser fijada con un margen de error de unos pocos meses, que tiene que haber sido escrito entre junio del año 67 y enero o abril del 68; un libro, entonces, que pertenece al comienzo mismo de la era cristiana y que refleja con la más ingenua fidelidad, y en el lenguaje idiomático correspondiente, las ideas del nacimiento de esa era. En mi opinión, pues, este libro es una fuente mucho más importante, para la definición de lo que fue en realidad el cristianismo primitivo, que todo el resto del Nuevo Testamento, que en su forma actual pertenece a una fecha mucho posterior. Este libro es el denominado Revelación de Juan. Y como a pesar de ser en apariencia el libro más oscuro de toda la Biblia es hoy, además y gracias a la crítica alemana, el más comprensible y claro de todos, trataré de explicarlo a mis lectores.

No hay que examinarlo mucho para convencerse del estado de gran exaltación, no sólo del autor, sino también del “medio circundante” en que éste se movió. Nuestra “Revelación” no es la única en su especie y época. Desde el año 164 antes de nuestra era en que fue escrito el primero que llegó hasta nosotros —el denominado Libro de Daniel—, hasta el 250 de

nuestra era, fecha aproximada del *Carmen* [3] de Comodiano, Renán contó no menos de quince “Apocalipsis” clásicos, sin contar las imitaciones subsiguientes. (Cito a Renán porque su libro es también el mejor conocido por los que no son especialistas, y el más accesible). Fue una época en que incluso en Roma y Grecia, y aún más en el Asia Menor, Siria y Egipto, se aceptaba sin discriminaciones una mezcla absolutamente nada analítica de las más toscas supersticiones de los pueblos más variados, que luego se complementaban con piadosos engaños y con charlatanismo liso y llano; una época en que los milagros, los éxtasis, las visiones, las apariciones, las adivinaciones, la fabricación de oro, las cábalas[4] y otras formas de magia secreta desempeñaron un papel de importancia.

En ese ambiente y, lo que es más, entre una clase de personas más inclinadas que ninguna otra a escuchar estas fantasías sobrenaturales, surgió el cristianismo. Porque, ¿acaso los gnósticos⁵ cristianos de Egipto no se dedicaron ampliamente, en el siglo II de nuestra era, a la práctica de la alquimia, y no introdujeron nociones de alquimia en sus doctrinas, como lo demuestran, entre otros, los papiros de Leyden? Y los *mathematici* caldeos y judíos que según Tácito fueron expulsados dos veces de Roma por dedicarse a la magia —una vez bajo el reinado de Claudio y otra bajo el de Vitelio—, no practicaron otro tipo de geometría que el que encontramos en la base de la Revelación de Juan.

A esto tenemos que agregar otra cosa. Todos los Apocalipsis se atribuyen el derecho de engañar a .sus lectores. No sólo fueron escritos, por regla general, por personas que no eran sus supuestos autores, y en su mayoría por personas que vivieron mucho más tarde —por ejemplo el Libro de Daniel, el Libro de Enoc, los Apocalipsis de Ezrah, Baruch, Juda, etc .,

3 Referencia a *Carmen apologeticum adversus Judaeos et gentes* (Canto apologético contra judíos y gentiles), de Comodiano.

4 Cábola: Misteriosa doctrina religiosa vinculada con la magia y sumamente difundida entre los judíos.

5 Gnósticos: Tendencia mística religiosa del cristianismo primitivo; tendencia ecléctica reaccionaria en filosofía.

y los libros sibilinos—, sino que además, en lo que respecta a su contenido principal, sólo profetizan cosas que han sucedido mucho antes y que eran bien conocidas para el verdadero autor. Así en el año 164, poco antes de la muerte de Antíoco Epífanes, el autor del Libro de Daniel hace que Daniel, que supuestamente ha vivido en tiempos de Nabucodonosor, profetice el ascenso y caída de los imperios persa y macedonio y el comienzo del Imperio Romano, a fin de preparar al lector —con esta prueba de su talento profético— para que acepte la profecía final de que el pueblo de Israel superará todas las dificultades y resultará finalmente victorioso. Por lo tanto, si la Revelación de Juan fuese en verdad la obra de su supuesto autor, sería la única excepción entre toda la literatura apocalíptica.

El Juan que pretende ser su autor fue, en todo caso, un hombre de gran distinción entre los cristianos del Asia Menor. Esto lo confirma el tono del mensaje a las siete iglesias. Posiblemente fuese el apóstol Juan, cuya existencia histórica, sin embargo, no está completamente verificada, aunque es muy probable. Si este apóstol fue en verdad el autor, tanto mejor para nuestro punto de vista. Ello sería la mejor confirmación de que el cristianismo de este libro es el verdadero y auténtico cristianismo primitivo. Hagamos notar, al pasar, que, en apariencia, la Revelación no fue escrita por el mismo autor del Evangelio o de las tres epístolas que también se atribuyen a Juan.

La Revelación consiste en una serie de visiones. En la primera Cristo aparece con el atavío de un alto sacerdote, se coloca en medio de siete candelabros que representan a las siete iglesias de Asia y dicta a “Juan” mensajes a los siete “ángeles” de esas iglesias. Aquí, desde el comienzo mismo, vemos con claridad la diferencia entre *este* cristianismo y la religión universal de Constantino, formulada por el Concilio de Nicea. La Trinidad no sólo es desconocida; incluso es imposible. En lugar del *único* Espíritu Santo posterior, tenemos aquí los “*siete espíritus de Dios*” que los rabinos extraen de Isaías XI, 2. Cristo es el hijo de Dios, lo primero y lo último, el *alfa*

y el *omega*, en modo alguno el propio Dios o el igual de Dios, sino, por el contrario, “el comienzo de la *creación* de Dios”, y por lo tanto una emanación de Dios, existente desde toda la eternidad pero subordinada a Dios, como los mencionados siete espíritus. En el capítulo XV, 3, los mártires cantan en el cielo “el cántico de Moisés, siervo de Dios, y el cántico del Cordero”, que glorifica a Dios. Por lo tanto, Cristo aparece aquí, no sólo como subordinado a Dios, sino además, en cierto sentido, en un pie de igualdad con Moisés.

Cristo es crucificado en Jerusalén (XI, 8), pero vuelve a levantarse (I, 5, 18) ; es “el Cordero” que ha sido sacrificado por los pecados del mundo y con cuya sangre los fieles de todas las lenguas y naciones han sido redimidos en Dios. Aquí encontramos la idea básica que permitió que el cristianismo primitivo se convirtiese en una religión universal. Todas las religiones semíticas y europeas de la época compartieron la opinión de que los dioses ofendidos por las acciones del hombre podían ser propiciados por el sacrificio. La primera idea revolucionaria fundamental (tomada de la escuela filónica)[6] del cristianismo fue la de que por un gran sacrificio voluntario de un mediador se podían expiar de una vez por todas los pecados de todos los hombres y todos los tiempos... en relación con los creyentes. De ahí que quedase eliminada la necesidad de nuevos sacrificios, y con ella la base para una multitud de ritos religiosos. Pero la eliminación de los rituales que dificultaban o impedían las relaciones con pueblos de otras confesiones fue la primera condición para la creación de una religión universal. A pesar de ello, la costumbre del sacrificio estaba tan profundamente arraigada en los hábitos de los pueblos, que el catolicismo —que había

6 Filón de Alejandría (vivió aproximadamente entre el año 20 ac y el 50 dc.). Es el principal representante de la filosofía religiosa judaica de Alejandría; su línea de pensamiento concilia la filosofía griega (helenista), el judaísmo y el legalismo romano, en el intento de “armonizar” la tradición exegética judía y la filosofía estoica. Los primeros cristianos, en el siglo I, asumieron sus apuestas esenciales, a tal punto que la formación de lo que vendría a ser la teología cristiana tiene en sus planteamientos, un indudable e innegable origen.

tomado prestadas tantas cosas del paganismo— encontró adecuado adaptarse a este hecho introduciendo por lo menos el sacrificio simbólico de la misa. Por otra parte no hay en nuestro libro rastro alguno del dogma del pecado original.

Pero lo más característico de estos mensajes, como del libro todo, es que al autor jamás se le ocurre nombrarse él mismo y a sus compañeros de religión de otra manera que como *judíos*. Fulmina a los miembros de las sectas de Esmirna y Filadelfia, reprochándoles el hecho de que *“dicen que son judíos, mas no lo son, sino que pertenecen a la sinagoga de Satán”*. A los de Pérgamo les dice que sostienen la doctrina de Balaam, que enseñó a Balac a poner ante *los hijos de Israel* una causa de error, a comer cosas sacrificadas a los ídolos y a dedicarse a la fornicación. Aquí hay, entonces, no un caso de cristianos concientes, sino de personas que dicen que son judías. Admitamos que su judaísmo es una nueva etapa de desarrollo del anterior, pero precisamente por ese motivo es el único verdadero. Por consiguiente, cuando los santos aparecieron ante el trono de Dios, se presentaron antes que nadie 144.000 judíos, 12.000 por cada tribu, y sólo después las incontables masas de paganos convertidos a ese judaísmo renovado. Tan poca era la conciencia que tenía nuestro autor, en el año 69 de la era cristiana, de estar representando una nueva fase del desarrollo de una religión, que con el tiempo se convertiría en uno de los elementos más revolucionarios de la mente humana.

Vemos entonces que el cristianismo de esa época, que aún no tiene conciencia de sí mismo, era tan distinto, de la posterior religión universal del Concilio de Nicea, dogmáticamente establecida, como lo es el cielo de la tierra; el uno no puede ser reconocido en el otro. No hay en él ni el dogma ni la ética del cristianismo posterior, sino la sensación de que lucha contra todo el mundo y de que la lucha culminará con el triunfo, ansia de combatir y certidumbre de la victoria que faltan por completo en los cristianos actuales, y que en nuestra época, sólo se encuentran en el otro polo de la sociedad, entre los socialistas.

En rigor, la lucha contra un mundo que al comienzo era superior en fuerzas, y al mismo tiempo contra los propios innovadores, es común a los cristianos primitivos y a los socialistas. Ninguno de estos dos grandes movimientos fue realizado por dirigentes o profetas —aunque hay bastantes profetas en ambos—; son movimientos de masas. Y los movimientos de masas tienen tendencia a ser confusos al principio; confusos porque el pensamiento de las masas, en los primeros momentos, se mueve entre contradicciones, falta de claridad y de cohesión, y también debido al papel que los profetas todavía desempeñan en esas primeras etapas de los movimientos. Esta confusión se ve en la formación de numerosas sectas que luchan entre sí, por lo menos con el mismo fervor que emplean contra el enemigo exterior común. Así pasó en el cristianismo primitivo y así en los comienzos del movimiento socialista, por más que ello preocupase a los bien intencionados notables que predicaban la unidad donde la unidad no era posible.

¿Se mantuvo unida la Internacional gracias a un dogma uniforme? Por el contrario. Había comunistas de la tradición francesa anterior a 1848, y existían distintos matices entre ellos: comunistas de la escuela de Weitling y otros de la Liga Comunista regenerada; proudhonistas que predominaban en Francia y Bélgica, blanquistas, el Partido Obrero alemán y finalmente los anarquistas bakuninistas, que durante un tiempo se destacaron en España e Italia, y eso para hablar sólo de los grupos principales. Tenía que transcurrir un cuarto de siglo, desde la fundación de la Internacional, antes de que la separación de los anarquistas fuese final y completa en todas partes, y antes de que se pudiese establecer la unidad en todas partes, por lo menos en relación con los puntos de vista económicos más generales. Y eso con nuestros medios, de comunicación: ferrocarriles, telégrafos, gigantescas ciudades industriales, la prensa, organizadas asambleas populares.

Entre los cristianos primitivos había la misma división en innumerables sectas, precisamente el medio por el cual se logró la discusión y con ella la unidad posterior. Ya la encon-

tramos en este libro, que es sin ninguna duda el documento cristiano más antiguo, y nuestro autor lucha contra ella con el mismo ardor irreconciliable que el gran mundo pecador de afuera. Primero estuvieron los nicolaítas, en Efeso y Pérgamo; los que decían que eran judíos pero pertenecían a la sinagoga de Satán, en Esmirna y Filadelfia; los partidarios de Balaam, que es llamado falso profeta, en Pérgamo; los que decían que eran apóstoles y no lo eran, en Efeso; y finalmente, en Tiatira los partidarios de la falsa profetisa descrita con el nombre de Jezabel. No se nos dan más detalles sobre estas sectas, y sólo se dice que los partidarios de Balaam y Jezabel comían cesas sacrificadas a los ídolos y practicaban la fornicación. Se han hecho tentativas de concebir a estas cinco sectas como cristianos paulinos, y todos los mensajes como dirigidos contra Pablo, el falso apóstol, el presunto Balaam y “Nicolaos”. Argumentos en este sentido, difícilmente sostenibles, se encuentran reunidos en *Saint Paul*, de Renan (París 1869, págs. 303-305 y 367-70). Todos tienden a explicar los mensajes por los Hechos de los Apóstoles y por las llamadas Epístolas de Pablo, escritos que, por lo menos en su forma actual, son anteriores en no menos de sesenta años a la Revelación y por consiguiente todos sus datos pertinentes son no sólo sumamente dudosos, sino también totalmente contradictorios. Pero lo decisivo es que al autor no podía ocurrírsele dar cinco nombres distintos a la misma secta, y aun dos para Efeso solamente (falsos apóstoles y nicolaitanos) y dos también para Pérgamo (balaamitas y nicolaítas), y referirse siempre a ellas, en cada ocasión y en forma expresa, como si fuesen dos sectas diferentes. Al mismo tiempo no se puede negar la probabilidad de que hubiese entre estas sectas elementos que hoy serían denominados paulinos.

En los dos casos en que se proporcionan más detalles, la acusación se refiere a los delitos de comer carne ofrecida a los ídolos y a la práctica de la fornicación, dos puntos acerca de los cuales los judíos —los antiguos así como los cristianos— se encontraban en continua disputa con los paganos conversos. La carne de los sacrificios paganos no se servía solamen-

te en las comidas de las festividades, donde el rechazo de la misma habría sido considerado impropio e incluso hubiese resultado peligroso; también se la vendía en los mercados, donde no siempre era posible saber con certeza si era pura a los ojos de la ley. Por fornicación los judíos entendían, no sólo las relaciones sexuales extra-nupciales, sino también el casamiento en grados de parentesco prohibidos por la ley judía, o entre un judío y un gentil, y en este sentido se entiende en general la palabra en los Hechos de los Apóstoles XV, 20 y 29. Pero nuestro Juan tiene sus opiniones respecto de las relaciones sexuales permitidas a los judíos ortodoxos. Dice acerca de los 144.000 judíos celestiales (XIV, 4): *“Estos son los que con mujeres no fueron contaminados; porque son vírgenes.”* Y en efecto, en el cielo de nuestro Juan no hay una sola mujer. Por lo tanto pertenece a la tendencia —que también aparece a menudo en otros escritos del cristianismo primitivo— que considera las relaciones sexuales como pecaminosas en general. Y, más aún, cuando tomamos en cuenta el hecho de que llama a Roma la Gran Ramera con la cual han fornicado los reyes de la tierra, emborrachándose con el vino de la fornicación, y con la cual se han enriquecido los mercaderes de la tierra gracias a los manjares que posee en abundancia, nos resulta imposible tomar la palabra de los mensajes en el estrecho sentido que querrían atribuirle los teólogos apologistas a fin de obtener de esa manera la confirmación de otros pasajes del Nuevo Testamento. Muy por el contrario. Estos pasajes del mensaje son una evidente indicación de un fenómeno común a todos los tiempos de gran agitación, en que se aflojan los vínculos tradicionales de las relaciones sexuales, al igual que todas las otras trabas. También en los primeros siglos del cristianismo apareció con frecuencia, al lado de ascetas que se mortificaban la carne, la tendencia a ampliar la libertad cristiana a una relación más o menos libre entre hombre y mujer. Lo mismo se observó en el moderno movimiento socialista.

¡Qué indecible horror experimentó la entonces “piadosa institutriz” de la Alemania de la década del 30, ante la **réhabilita-**

tion de la chair por Saint-Simon, que se tradujo al alemán como *Wiedereinsetzung des Fleisches* (¡reinstalación de la carne!) ¡Y los más horrorizados de todos fueron los distinguidos Estados entonces gobernantes (todavía no había clases en nuestro país), que no podían vivir en Berlín, y menos en sus fincas de campo, sin una repetida reinstalación de la carne! ¡Si esta buena gente hubiese podido conocer a Fourier, que quería para la carne otras travesuras completamente distintas! Con la superación del utopismo, estas extravagancias cedieron el lugar a una concepción más racional y en realidad mucho más radical, y como Alemania ha salido del piadoso cuarto de niños de Heine para convertirse en el centro del movimiento socialista, puede reírse ahora de la hipócrita indignación del distinguido mundo piadoso.

Este es todo el contenido dogmático de los mensajes. El resto consiste en exhortaciones a los creyentes para que muestren vehemencia en la propaganda, para que sean valientes y confiesen con orgullo su fe ante el enemigo, para que luchen sin desfallecer ante el enemigo interno y el exterior... y en este sentido habría podido ser escrito por uno de los entusiastas de mentalidad más profética de la Internacional.

III

Los mensajes no son más que la introducción al tema propiamente llamado así de la comunicación de Juan a las siete iglesias del Asia Menor, y a través de ellas al resto del judaísmo reformado del año 69, del que más tarde se desarrolló el cristianismo. Y aquí entramos en el **sancta sanctorum** más íntimo del cristianismo primitivo.

¿Entre qué gente se reclutaron los primeros cristianos? Principalmente entre los “trabajadores y agobiados”, los miembros de la capa más baja del pueblo, como cuadra a un elemento revolucionario. ¿Y de quiénes se componían estas capas? En las ciudades, de hombres libres empobrecidos, de todo tipo de personas, como los *mean whites* de los Estados esclavistas del sur y de los aventureros y vagabundos de las ciudades marítimas coloniales y chinas, de los esclavos emancipados y, por sobre todo, de verdaderos esclavos; en los latifundios de Italia, Sicilia y África, de esclavos que se habían hundido cada vez más en la esclavitud a causa de las deudas. Para todos estos elementos no había absolutamente ningún camino común de emancipación. Para todos ellos el paraíso había quedado atrás; para los libertos arruinados era la antigua **polis**, la ciudad y el Estado a la vez, en la cual sus antepasados habían sido ciudadanos libres; para los pequeños campesinos, el abolido sistema social gentil y la propiedad común de la tierra; para los esclavos capturados en la guerra, la época de libertad de que gozaron antes de su subyugación y cautiverio. Y todo eso había sido destruido por el nivelador puño de hierro de la Roma conquistadora. El grupo social más grande que la antigüedad conoció fue la tribu y la unión de tribus emparentadas; entre los bárbaros la agrupación se basaba en alianzas de familias, y entre los griegos e italianos, fundadores de ciudades, en la **polis**, que consistía en una o más tribus emparentadas. Felipe y Alejandro dieron unidad política a la península helénica, pero esto no condujo a la

fundación de una nación griega. Las naciones sólo se hicieron posibles después de la caída de la dominación mundial de Roma. Esta dominación había terminado de una vez por todas con las uniones menores; el poderío militar, la jurisdicción romana y la maquinaria de la percepción de impuestos disolvieron por completo la tradicional organización interior. A la pérdida de la independencia y de la organización distintiva se agregó el pillaje realizado por las autoridades militares y civiles, que comenzaron por despojar a los sometidos de sus tesoros, para luego prestárselos con intereses usurarios a fin de continuar estrujándolos.

La presión de los impuestos y la necesidad de dinero que dicha presión provocaba en las regiones dominadas sólo o principalmente por la economía natural, hundieron a los campesinos en una dependencia cada vez mayor con respecto a los usureros, provocaron grandes diferencias de fortuna e hicieron más ricos a los ricos y empobrecieron por completo a los pobres. Toda resistencia que las pequeñas tribus o ciudades aisladas pudiesen ofrecer ante el gigantesco poder mundial romano era una resistencia desesperada.

¿Cuál era la salida, la salvación para los esclavizados, oprimidos y empobrecidos? ¿una salida común para todos estos grupos de personas cuyos intereses eran distintos u opuestos entre sí? Y sin embargo había que encontrarla, si se los quería abarcar en un gran movimiento revolucionario. Esa salida fue encontrada. Pero no en este mundo. En el estado en que se encontraban las cosas, sólo podía tratarse de una salida religiosa. Entonces se descubrió un nuevo mundo. La vida continuada del alma después de la muerte del cuerpo se había convertido gradualmente en un artículo de fe reconocido en términos generales en todo el mundo romano. También se admitía cada vez más una especie de recompensa o castigo para las almas de los muertos, por sus acciones en la tierra. Por supuesto, en lo referente a la recompensa, las perspectivas no eran muy buenas: la antigüedad era demasiado espontáneamente materialista para no atribuir un valor mucho más grande a la vida en la tierra que a la vida en el reino de las

sombras; vivir después de la muerte era considerado por los griegos una desdicha. Luego vino el cristianismo, que tomaba en serio la recompensa y el castigo en el mundo del más allá y creaba el cielo y el infierno, y se encontró una salida que conduciría a los trabajadores y agobiados a un eterno paraíso, sacándolos de este valle de lágrimas. Y en rigor sólo con la perspectiva de una recompensa en el mundo del más allá podía exaltarse la renuncia estoico-filónica del mundo y el ascetismo a la categoría de principio moral básico de una nueva religión universal que inspirase de entusiasmo a las masas oprimidas.

Pero este paraíso celestial no se abre para los creyentes por el solo hecho de su muerte. Ya veremos que el reino de Dios, cuya capital es la Nueva Jerusalén, sólo puede ser conquistado y abierto después de arduas luchas con las potencias del infierno. Pero en la imaginación de los cristianos primitivos eran inmediatamente inminentes. Juan describe su libro, al comienzo mismo, como revelación de “cosas que deben suceder *presto*”. E inmediatamente después, I, 3, declara: “Bienaventurado el que lee, y los que oyen las palabras de esta profecía... *porque el tiempo está cerca*.” A la iglesia de Filadelfia Cristo le envía el mensaje: “He aquí, yo vengo *presto*.” Y en el último capítulo el ángel dice que le ha mostrado a Juan “cosas que tienen que hacerse *en seguida*”, y le da la orden: “*No selles las palabras de la profecía de este libro; porque el tiempo está cerca*.” Y el propio Cristo dice en dos ocasiones (XXII, 12, 20): “*Vengo en breve*.” Lo que sigue nos indicará cuan pronto se esperaba su llegada.

Las visiones del Apocalipsis que ahora nos muestra el autor están copiadas, total y casi siempre literalmente, de modelos anteriores, en parte de los profetas clásicos del Antiguo Testamento —en particular de Ezequiel—, en parte de posteriores apocalipsis judíos escritos a la manera del Libro de Daniel, y en particular del Libro de Enoc, que ya había sido escrito, por lo menos parcialmente. La crítica ha demostrado en detalle de dónde sacó nuestro Juan cada imagen, cada signo amenazador, cada plaga enviada a la humanidad incrédula; en

una palabra: todo el material de su libro. De manera que no sólo exhibe una gran pobreza mental, sino que además demuestra que nunca experimentó, ni siquiera en la imaginación, los supuestos éxtasis y visiones que describe.

El orden de estas visiones es, en resumen, el que sigue: primero Juan ve a Dios sentado en su trono, teniendo en la mano un libro con siete sellos y ante sí al Cordero que ha sido asesinado y se ha levantado de entre los muertos (Cristo), y a quien se considera digno de abrir los sellos del libro. La apertura de los sellos es seguida por toda clase de milagrosos signos amenazadores. Cuando se abre el quinto sello Juan ve debajo del altar de Dios las almas de los mártires de Cristo muertas por el verbo de Dios, y que gritan en voz alta, clamando: “¿Cuánto tiempo, Señor, no juzgarás ni vengarás nuestra sangre en los que moran en la tierra?” Y entonces se les entregan las blancas vestiduras y se les dice que todavía deben descansar un rato más, porque aún habrá más mártires asesinados.

De manera que no se trata aquí todavía de una “*religión de amor*”, de “*Ama a tus enemigos, bendice a los que te maldigán*”, etc. Aquí se predica la venganza, una sólida y honesta venganza contra los perseguidores de los cristianos. Y lo mismo sucede en todo el libro. Cuanto más próxima está la crisis, más densos llueven del cielo las plagas y los castigos, y más satisfecho anuncia Juan que la masa de la humanidad no expiará sus pecados, que nuevos azotes de Dios caerán sobre ella, que Cristo la gobernará con una vara de hierro y pisará el lagar de la ferocidad y la cólera de Dios Todopoderoso, pero que los impíos continuarán insensibles en sus corazones. Es el sentimiento natural, libre de toda hipocresía, de que se está librando una lucha y de que a ***la guerre comme á la guerre***.

Cuando se abre el séptimo sello aparecen siete ángeles con siete trompetas, y cada vez que uno de ellos hace resonar la suya ocurren nuevos horrores. Después del séptimo toque de trompeta se presentan otros siete ángeles, con las siete redomas de la ira de Dios, que vierten sobre la tierra; más plagas

y castigos, en general aburridas repeticiones de lo que ya ha sucedido varias veces. Luego viene la mujer, Babilonia, la Gran Ramera, vestida de escarlata y sentada sobre las aguas, ebria con la sangre de los santos y los mártires de Jesús; es la gran ciudad de las siete colinas que gobierna sobre todos los reyes de la tierra. Cabalga sobre un animal de siete cabezas y diez cuernos. Las siete cabezas representan las siete colinas, y también siete “reyes”. De estos cinco han caído, uno es y el otro no ha llegado aún, y después de él vendrá de nuevo uno de los cinco primeros. Ha sido herido de muerte, pero se ha curado. Reinará sobre el mundo durante cuarenta y dos meses, o sea tres años y medio (la mitad de una semana de siete años), y perseguirá a muerte a los fieles e impondrá el reinado de la impiedad. Pero luego viene la gran lucha final, los santos y los mártires son vengados por la destrucción de la Gran Ramera Babilonia y de sus partidarios, es decir, del grueso de la masa de la humanidad; el demonio es arrojado a la sima insondable y encerrado en ella durante un período de mil años, a lo largo del cual reina Cristo con los mártires que se han levantado de entre los muertos. Pero al cabo de los mil años el demonio es puesto de nuevo en libertad y estalla otro gran combate de los espíritus, en el cual es finalmente derrotado. Luego sigue la segunda resurrección, en que también los otros muertos se levantan y aparecen ante el trono del juicio de Dios (no de Cristo, adviértase), y los creyentes entran en un nuevo cielo, en una nueva tierra y en una nueva Jerusalén, para la vida eterna.

Y todo este monumento está construido con materiales exclusivamente judíos precristianos y presenta ideas casi exclusivamente judías. Desde que las cosas comenzaron a ir mal en este mundo para el pueblo de Israel, desde el momento de *los* tributos a los asirios y babilonios, desde la destrucción de los dos reinos de Israel y de Judá hasta la esclavitud bajo los seléucidas —o sea desde Isaías hasta Daniel—, en todos los períodos oscuros hubo profecías sobre un salvador.

En Daniel, XII, 1-3, hay incluso una profecía sobre Miguel, el ángel guardián de los judíos, que baja a la tierra para sal-

varlos de grandes trastornos; muchos muertos volverán a la vida, habrá una especie de juicio final y los maestros que han enseñado al pueblo la justicia brillarán como estrellas para toda la eternidad. El único aspecto cristiano es el gran énfasis que se pone en el inminente reinado de Cristo y en la gloria de los fieles, en particular de los mártires que se han levantado de entre los muertos.

Por la interpretación de estas profecías, en lo que se refiere a los acontecimientos de esa época, estamos en deuda con la crítica alemana, en especial con Ewald, Lücke y Ferdinand Benary. Renán la puso al alcance de los no teólogos. Ya hemos visto que Babilonia, la Gran Ramera, representa a Roma, la ciudad de las siete colinas. En el capítulo XVII, 9 -11, se nos dice acerca de la bestia sobre la cual está sentada: *“Las siete cabezas”* de la bestia *“son siete montes, sobre los cuales se asienta la mujer. Y son siete reyes. Los cinco son caídos; el uno es, el otro aún no es venido. Y cuando viniere, es necesario que dure breve tiempo. Y la bestia que era, y no es, es también el octavo, y es de los siete, y va a la perdición”*.

Según esto la bestia es la dominación mundial romana, representada por siete césares en sucesión; uno de ellos ha sido mortalmente herido y ya no reina, pero curará y volverá. A él le será dado, como octavo, establecer el reino de la blasfemia y el desafío a Dios. Le será dado

“hacer guerra contra los santos, y vencerlos... Y todos los que moran sobre la tierra le adoraron, cuyos nombres no están escritos en el libro de la vida del Cordero... Y hacía que a todos, a los pequeños y grandes, ricos y pobres, libres y siervos, se pusiese una marca en su mano derecha, o en sus frentes; y que ninguno pudiese comprar o vender, sino el que tuviera la señal, o el nombre de la bestia, o el número de su nombre. Aquí hay sabiduría. El que tiene entendimiento, cuente el número de la bestia; porque es el número de hombre; y el número de ella es seiscientos seis” (XIII, 7-18).

Hacemos notar que aquí se menciona el boicot como una de las medidas que serán aplicadas por el Imperio Romano contra los cristianos —medida que, por lo tanto, es, evidentemente, una invención del demonio—, y pasamos al problema de quién es ese emperador romano que ya ha reinado, que ha sido herido de muerte y ha desaparecido, pero que regresará como el octavo de la serie, en el papel de Anticristo.

Tomando a Augusto como el primero, tenemos: 2. Tiberio, 3. Calígula, 4. Claudio, 5. Nerón, 6. Galba. “Cinco han caído y uno es”. Por consiguiente, Nerón ya ha caído y Galba es. Este reinó desde el 9 de junio del año 68 hasta el 15 de enero del 69. Pero inmediatamente después de que ascendió al trono, las legiones del Rhin se rebelaron, al ruando de Vitelio, en tanto que otros generales preparaban levantamientos militares en otras provincias. En Roma se levantó la guardia pretoriana, mató a Galba y proclamó emperador a Otón.

Según esto vemos que nuestra Revelación fue escrita bajo Galba. Probablemente hacia fines de su reinado. O, cuando mucho, durante los tres meses (hasta el 15 de abril del año 69) del reinado de Otón, “el séptimo”. ¿Pero quién es el octavo, que era y no es? Eso lo sabemos por el número 666.

Entre los semitas —caldeos y judíos— existía en la época una especie de magia basada en el doble significado de las letras. Como unos 300 años antes de nuestra era las letras hebreas se usaban también como símbolos de números, a = 1, b = 2, g = 3, d = 4, etc. Los adivinadores de la cábala sumaban el valor de cada letra de un nombre y con la suma trataban de profetizar el futuro del que llevaba el nombre, por ejemplo, formando palabras o combinaciones de palabras de igual valor. Las palabras secretas y demás eran también expresadas en este lenguaje de los números. Este arte recibió el nombre griego de **gematria**, geometría. Los caldeos, que continuaron esta práctica y a quienes Tácito llamó **mathematici**, fueron posteriormente expulsados de Roma bajo Claudio, y más tarde bajo Vitelio, según parece por “serios desórdenes”.

Nuestro número 666 apareció por medio de esta matemática.

Es un disfraz para el nombre de uno de los cinco primeros cesares. Pero aparte del número 666, Ireneo, a fines del siglo II, conocía otra interpretación: 616, que por lo menos apareció en una época en que el enigma del número era aún conocido ampliamente. La prueba de la solución consistirá en que convenga por igual a ambos números.

Esta solución fue dada por Ferdinand Benary, de Berlín. El nombre es Nerón. El número se basa en נדדו רסך “*Nerón Kesar*”, ortografía hebrea del griego “*Nerón Kaisar*”, o sea emperador Nerón, verificada por el Talmud y por inscripciones halladas en Palmira. Esta inscripción se encontró en monedas de la época de Nerón, acuñadas en la parte oriental del imperio. Y entonces: **n** (*nun*) = 50; **r** (*resh*) = 200; **v** (*vav*) o sea **o** = 6; **n** (*nun*) = 50; **k** (*kaf*)=100; **s** (*samech*) = 60; **r** (*resh*) = 200. Total, 666. Si tomamos como base la ortografía latina, *Nero Caesar*, desaparece el segundo *nun* = 50, y tenemos 666 — 50 = 616, o sea la interpretación de Ireneo.

En realidad todo el Imperio Romano se vio envuelto de pronto por la confusión en la época de Galba. Este marchó sobre Roma, a la cabeza de las legiones de España y Galia, para derribar a Nerón, quien huyó y ordenó a un liberto que lo asesinara. Pero no sólo conspiró contra Galba la guardia pretoriana de Roma, sino también los comandantes supremos de las provincias; nuevos pretendientes al trono aparecían por todas partes y se preparaban a marchar sobre Roma con sus legiones. El Imperio parecía condenado a la guerra civil, su disolución era inminente.

Por sobre todo esto se difundió el rumor, en especial en el este, de que Nerón no había sido muerto, sino sólo herido; que había huido al país de los partos y estaba a punto de cruzar el Éufrates con un ejército para comenzar otro reinado del terror, más sanguinario aún que el anterior. Acaya y Asia se sintieron particularmente aterrorizadas por esos informes. Y en el momento mismo en que la Revelación tiene que haber sido escrita apareció un falso Nerón que se estableció, con

una cantidad bastante considerable de partidarios, no lejos de Patmos y el Asia Menor, en la isla de Kytnos, en el mar Egeo (ahora denominada Thermia), hasta que fue asesinado mientras aún reinaba Otón. ¿Qué podía haber de asombroso en el hecho de que entre los cristianos —contra quienes había iniciado Nerón la primera gran persecución— se difundiera la opinión de que éste volvería como Anticristo, y de que su regreso, y la acentuada tentativa que éste implicaría de reprimir por la sangre a la nueva secta, serían el signo y el prelude del retorno de Cristo, de la gran lucha victoriosa contra las potencias del infierno, del reinado de mil años de duración que “pronto” se establecería y cuya confiada espera inspiraba a los mártires a ir jubilosamente a la muerte?

La literatura cristiana y la por ella influida de los dos primeros siglos proporcionan suficientes indicios en el sentido de que el secreto del número 666 era entonces conocido por muchos. Ireneo ya no lo conocía, pero por otra parte él y muchos otros —hasta fines del siglo III— supieron que la bestia del Apocalipsis representaba el regreso de Nerón. Este rastro se pierde luego y el trabajo que nos interesa es fantásticamente interpretado por los adivinos del futuro que poseen una mentalidad religiosa. Yo mismo, de niño, conocí a personas que, siguiendo el ejemplo de Johann Albrecht Bengel, esperaban el fin del mundo y el juicio final en el año 1836. La profecía se cumplió, y precisamente ese año. Pero la víctima del juicio final no fue el mundo pecador, sino los propios intérpretes de la Revelación. Porque en 1836 P. Benary proporcionó la clave del número 666, con lo que dio un torturado fin a todos los cálculos proféticos, a la nueva *gematria*.

Nuestro Juan sólo puede proporcionar una descripción superficial del reino celestial reservado para los creyentes. La nueva Jerusalén es establecida en escala bastante amplia, por lo menos de acuerdo con las concepciones de la época: tiene 12.000 estadios, o sea 2.227 kilómetros cuadrados, de modo que su superficie es de unos cinco millones de kilómetros cuadrados, más de la mitad del tamaño de los Estados Unidos de Norteamérica. Y está hecha de oro y de todo tipo de pie-

dras preciosas. Allí vive Dios con su pueblo, iluminándolos en lugar del sol, y no habrá allí más muertes, ni penas, ni dolores. Y un puro río de agua de vida corre a través de la ciudad, y a cada lado del río hay árboles de la vida, que tienen doce clases de frutas y que las dan todos los meses; y las hojas del árbol “*sirven para la curación de las naciones*”. (Renán cree que se trata de una especie de bebida medicinal. *L'Antechrist*, pág. 542). Aquí vivirán los santos para siempre.

Así era, por lo que sabemos, el cristianismo en el Asia Menor, su sede principal, en el año 68. No hay en él rastros de Trinidad alguna, sino que, por el contrario, sólo existe el viejo e indivisible Jehová del judaísmo posterior, que lo exaltó, de dios nacional de los judíos que era, a Dios supremo y único del cielo y de la tierra, que afirma gobernar sobre todas las naciones, promete piedad a los que se conviertan y aplasta, implacable, a los empedernidos, de acuerdo con el antiguo *parcere subjectis ac debellare superbos*.^[7] Por lo tanto este Dios, en persona, y no Cristo, como en los relatos posteriores de los evangelios y las Epístolas, será el que presida el juicio final. De acuerdo con la doctrina persa de la emanación, que era corriente en el judaísmo posterior, Cristo el Cordero surge eternamente de él, así como —en un plano inferior— los “siete espíritus de Dios”, que deben su existencia a una mala interpretación de un pasaje poético (Isaías, XI, 2). Todos ellos están subordinados a Dios, pero no son Dios mismo ni iguales a él. El Cordero se sacrifica para expiar los pecados del mundo, y por eso es considerablemente ascendido en el cielo, porque su muerte voluntaria es considerada una extraordinaria hazaña en todo el libro, y no como algo que surja por necesidad de su naturaleza intrínseca. Como es natural, allí está toda la corte celestial de dignatarios, querubines, ángeles y santos. A fin de convertirse en una religión, el monoteísmo siempre ha tenido que hacerle concesiones al politeísmo —desde los tiempos del Zend-Avesta.^[8] Con los ju-

7 Perdona al humilde y haz la guerra contra el soberbio. (Ed).

8 *Zend-Avesta*: colección de “libros sagrados” de la religión de Zoroastro,

díos continuó la crónica declinación de los sensuales dioses del paganismo, hasta que, después del exilio, la corte celestial, según el modelo persa, adaptó un tanto mejor la religión a la fantasía popular, y el propio cristianismo, después de remplazar el eterno e inmutable dios de los judíos por el misterioso dios de la Trinidad, que se diferencia en sí mismo, no encontró, para suplantarlo el culto de los antiguos dioses, otra cosa que el de los santos. Así, de acuerdo con Fallmerayer, el culto de Júpiter en el Peloponeso, Maina y Arcadia sólo murió más o menos en el siglo IX (*Geschichte der Halbinsel Morea*, I, pág. 227). Sólo el moderno período burgués y su protestantismo volvieron a eliminar los santos y tomaron finalmente en serio el monoteísmo diferenciado.

En el libro se menciona tan poco el pecado original como la justificación por la fe. La fe de estas primitivas comunidades militantes es muy distinta de la posterior iglesia victoriosa: junto al sacrificio del Cordero, el inminente regreso de Cristo y el reinado milenario que pronto debe nacer, forman su contenido esencial. Esta fe sobrevive sólo gracias a una activa propaganda, a una implacable lucha contra el enemigo interno y exterior, a la orgullosa profesión de la posición revolucionaria ante los jueces paganos y al martirio confiado en la victoria.

Ya hemos visto que el autor no tiene conciencia aún de ser otra cosa que un judío. Por lo tanto no se menciona el bautismo en todo el libro, en tanto que muchos otros hechos indican que el bautismo fue instituido en el segundo período del cristianismo. Los 144.000 judíos creyentes son “sellados”, no bautizados. De los santos del cielo y los fieles de la tierra se dice que se han lavado de sus pecados, que han lavado sus vestiduras y las han purificado con la sangre del Cordero; no se menciona para nada el agua del bautismo. Los dos profetas que preceden la llegada del Anticristo, en el capítulo XI, no bautizan. Y de acuerdo con XIX, 10, el testimonio de

que se difundió por la antigua Persia, Azerbaidhán y Asia central. Se supone que fue compilada entre el siglo IX de antes de nuestra era y el siglo IX de nuestra era.

Jesús no es el bautismo, sino el espíritu de profecía. Como es natural, el bautismo habría debido ser mencionado en todos estos casos, si hubiese estado en vigor; por lo tanto podemos, con absoluta certidumbre, extraer la conclusión de que el autor no lo conocía, que apareció por primera vez cuando los cristianos se separaron finalmente de los judíos.

Tampoco sabe mucho nuestro autor sobre el segundo sacramento, la eucaristía. Si en el texto luterano Cristo promete a todos los habitantes de Tiatira que se mantengan firmes en la fe que vendrá **das Abendmahl halten** con ellos, tal cosa crea una falsa impresión. El texto griego dice **deipneso** —cenaré (con él)—, y la Biblia inglesa lo traduce correctamente: **Ishall “sup” with him**. No se habla aquí de la eucaristía, ni siquiera como simple comida conmemorativa.

No cabe duda de que este libro, con su fecha tan claramente establecida en el año 68 ó, 69, es el más antiguo de toda la literatura cristiana. Ningún otro ha sido escrito en un lenguaje tan bárbaro, tan lleno de hebraísmos, construcciones imposibles y errores gramaticales. El capítulo I, versículo 4, por ejemplo, dice literalmente: “*Gracia sea con vosotros... y del que es y que era y que ha de venir.*”

Sólo los teólogos profesionales y otros historiadores profesionales que se han comprometido en ese sentido niegan ahora que los evangelios y los Hechos de los Apóstoles sean otra cosa que adaptaciones posteriores de escritos perdidos, cuyo débil núcleo histórico resulta ya irreconocible en la maraña de la leyenda; que incluso las pocas Epístolas que Bruno Bauer reconoce como “auténticas” son, o bien escritos de fecha posterior, o, en el mejor de los casos, adaptaciones de antiguas obras de autores desconocidos, alteradas por modificaciones o inserciones. Ello es tanto más importante cuanto que nos encontramos entonces en posesión de un libro cuya fecha de redacción ha sido determinada con un margen de un mes, un libro que nos describe el cristianismo en su forma no desarrollada. Esta forma tiene la misma relación con la religión estatal del siglo IV —con su dogma y mitología plenamente desplegados—, que la mitología todavía inestable de

Tácito sobre los germanos en relación con las enseñanzas ya desarrolladas de los dioses de Edda, tal como fueron influidas por los elementos cristianos y antiguos. El núcleo de la religión universal está allí presente, pero incluye, sin discriminación alguna, las mil posibilidades de desarrollo que luego se convirtieron en realidades en las incontables sectas posteriores. Y el motivo de que este antiquísimo escrito de la época del cristianismo naciente nos resulte especialmente valioso reside en que muestra, en su expresión más pura, lo que el judaísmo, fuertemente influido por Alejandría, aportó al cristianismo. Todo lo que viene después es adición occidental, greco-romana. Sólo por intermedio de la religión judía mono-teísta pudo adoptar su forma religiosa el monoteísmo culto de la filosofía griega vulgar posterior, forma religiosa que era la única que podía permitirle captar a las masas. Pero una vez encontrado ese intermediario, sólo podía convertirse en una religión universal en el seno del mundo greco- romano, y ello por medio de un posterior desarrollo y fundiéndose al material de pensamiento que ese mundo había logrado.

BRUNO BAUER

Y EL CRISTIANISMO PRIMITIVO

El 13 de abril murió en Berlín un hombre que otrora desempeñó un papel de filósofo y teólogo, pero del cual apenas se oyó hablar durante años y que sólo de vez en cuando atraía la atención del público como “excéntrico literario”. Los teólogos oficiales, incluso *Renán*, lo dieron por perdido y por lo tanto mantuvieron un silencio de muerte en torno a él. Y sin embargo valía más que todos ellos e hizo más que todos ellos en relación con un problema que también nos interesa a los socialistas: el del origen histórico del cristianismo.

En ocasión de su muerte permítaseme hacer una breve reseña de la situación actual de dicho problema y de la contribución de Bauer a su solución.

La opinión que predominó desde los librepensadores de la Edad Media hasta los hombres de la Ilustración, en el siglo XVIII, estos últimos inclusive, en el sentido de que todas las religiones, y por consiguiente también el cristianismo, eran obra de farsantes, no resultaba ya suficiente después de que Hegel asignó a la filosofía la tarea de demostrar una evolución racional en la historia del mundo.

Está claro que si las religiones que surgen en forma espontánea —como la adoración de fetiches de los negros o la religión común primitiva de los arios— nacen sin que la impostura desempeñe papel alguno, pronto se torna inevitable la superchería por parte de los sacerdotes, para el posterior desarrollo de las mismas. Pero a despecho de todo el sincero fanatismo, las religiones artificiales no pueden —ni siquiera al comienzo— arreglárselas sin la impostura y las falsificaciones de la historia. También el cristianismo puede jactarse de bonitas hazañas en ese sentido, desde el comienzo mismo, como lo demuestra Bauer en su crítica del Nuevo Testamento. Pero esto sólo confirma un fenómeno general y no explica

el caso particular en cuestión.

No es posible deshacerse de una religión que sometió a todo el imperio mundial romano y dominó durante mil ochocientos años a la mayor parte de la humanidad civilizada, con sólo declarar que se trata de una tontería coleccionada por farsantes. No es posible deshacerse de ella sin antes explicar su origen y su desarrollo a partir de las condiciones históricas en que surgió y llegó a su posición dominante. Esto rige para el cristianismo. Entonces el problema que hay que solucionar es el de por qué las masas populares del Imperio Romano prefirieron esas tonterías —que además fueron predicadas por esclavos y oprimidos— a todas las otras religiones, a tal punto que el ambicioso *Constantino* finalmente vio en la adopción de esta religión de tonterías la mejor manera de ascender a la posición de autócrata del mundo romano.

Bruno Bauer ha contribuido más que nadie a la solución de este problema. A pesar de todo lo que los teólogos semicreyentes del período de la reacción lo combatieron desde 1849, él demostró irrefutablemente el orden cronológico de los Evangelios, y su inter dependencia mutua, demostrada por Wilke desde el punto de vista puramente lingüístico, por el contenido mismo de los propios Evangelios. Desenmascaró la absoluta falta de espíritu científico de la vaga teoría mítica de Strauss, según la cual cualquiera puede considerar históricas todas las narraciones del Evangelio. Y aunque casi ninguna parte de todo el contenido de los Evangelios resulta históricamente demostrable —de modo que incluso se puede poner en duda la existencia histórica de un Jesucristo—, Bauer sólo ha desbrozado con ello el terreno para la solución del problema: ¿cuál es el origen de las ideas y pensamientos entretejidos en el cristianismo en una especie de sistema, y cómo llegaron a dominar el mundo?

Bauer estudió este problema hasta el momento de su muerte. Sus investigaciones llegaron a su punto culminante con la conclusión de que el judío alejandrino *Filón*, que todavía vivía por el año 40 de la era cristiana, pero que ya tenía edad muy avanzada para esa fecha, era el verdadero padre del cris-

tianismo, y de que el estoico romano *Séneca* sería, por así decirlo, el tío de esa religión. Los numerosos escritos atribuidos a Filón que han llegado hasta nosotros, tienen su origen, en efecto, en una fusión de tradiciones judías alegórica y tradicionalmente concebidas con la filosofía griega, en particular la estoica. Esta conciliación de concepciones occidentales y orientales contiene todas las ideas esencialmente cristianas: la pecaminosidad innata del hombre, el *Logos*, el Verbo, que es con Dios y es Dios, y que se convierte en mediador entre Dios y el hombre; la expiación, no por el sacrificio de animales, sino entregando el propio corazón a Dios; y, finalmente, la característica esencial de que la nueva filosofía religiosa invierte el orden anterior del mundo, busca sus discípulos entre los pobres, los miserables, los esclavos y los rechazados, y desprecia a los ricos, los poderosos y los privilegiados, de lo cual surge el precepto de desdeñar todos los placeres mundanales y mortificar la carne.

Por otra parte, el propio Augusto cuidó de que no sólo el Dios-hombre, sino también la denominada inmaculada concepción, se convirtieran en fórmulas impuestas por el Estado. No sólo hizo que se los adorase como dioses a César y a él mismo, sino que también difundió la idea de que él, Augusto César Divo, el Divino, no era el hijo de Un padre humano, ya que su madre lo había concebido con el dios Apolo. ¿Pero ese Apolo no era quizás un pariente del cantado por Heinrich Heine? [9]

Como vemos, sólo nos hace falta una clave y ya tenemos todo el cristianismo en sus rasgos fundamentales: la encarnación del Verbo se ha transformado en hombre en una persona definida y en su sacrificio en la cruz para la redención de la humanidad pecadora.

Las fuentes verdaderamente dignas de confianza nos dejan en la duda en cuanto al momento en que dicha clave fue introducida en las doctrinas estoico-filónicas. Pero es seguro que no fue introducida por los filósofos, fueran ellos discípulos de

9 Referencia al **Apollgott** de Heine.

Filón o estoicos. Las religiones las fundan las personas que sienten necesidad de una y que poseen el sentimiento de las necesidades religiosas de las masas. Por lo general esto no sucede con los filósofos clásicos. Por otra parte vemos que en épocas de decadencia general, por ejemplo ahora, la filosofía y el dogmatismo religioso son generalmente corrientes en una forma vulgarizada y superficial. En tanto que la filosofía griega clásica, en sus últimas formas —en particular en la escuela epicúrea— conducía al materialismo ateo, la filosofía griega vulgar condujo a la doctrina del Dios único y a la inmortalidad del alma humana. Del mismo modo el judaísmo racionalmente vulgarizado, en relación y mezcla con extranjeros y semijudíos, terminó descuidando el ritual y transformando a Jahveh,[10] el dios nacional antes exclusivamente judío, en el único Dios verdadero, el creador del cielo y la tierra, y adoptando la idea de la inmortalidad del alma, ajena al judaísmo primitivo. De tal modo la filosofía monoteísta vulgar entró en contacto con la religión vulgar, que le entregó el Dios único ya preparado. Así se preparó el terreno en que la elaboración, entre los judíos, de las nociones filónicas igualmente vulgarizadas, podía producir el cristianismo que, una vez producido, fuese aceptable para griegos y romanos.

El hecho de que el cristianismo procediese de las ideas filónicas vulgarizadas, y no de las propias obras de Filón, está demostrado por la omisión casi total de la mayoría de estas obras por el Nuevo Testamento, particularmente en lo referente a la interpretación alegórica y filosófica de las narraciones del Antiguo Testamento. Éste es un aspecto al cual Bauer no dedicó suficiente atención.

Leyendo el denominado Libro de la Revelación de Juan es

10 Como lo demostró Ewald, los judíos usaban la escritura punteada (que contenía vocales y signos de lectura) para escribir debajo de las consonantes del nombre de Jahveh, que estaba prohibido pronunciar, las vocales de la palabra *Adonai*, que leían en cambio de aquélla. Posteriormente se la leyó Jehová. Por lo tanto esta palabra no es el nombre de un dios, sino sólo un vulgar error gramatical: en hebreo es sencillamente imposible.

posible hacerse una idea de lo que era el cristianismo en su forma primitiva. Un salvaje y confuso fanatismo, apenas el comienzo de los dogmas, sólo la mortificación de la carne de la denominada moral cristiana, pero por otra parte también una multitud de visiones y profecías. El desarrollo de los dogmas y de la doctrina moral pertenece a un período posterior, en que se escribieron los Evangelios y las llamadas Epístolas de los Apóstoles. En ellos —por lo menos en lo que respecta a la moral— se utilizó sin mucha ceremonia la filosofía de los estoicos, en particular de Séneca. Bauer demostró que las Epístolas a menudo copian a este último palabra por palabra; en rigor incluso los creyentes lo advirtieron, pero afirmaron que Séneca había copiado al Nuevo Testamento, aunque éste aún no había sido escrito en su época. El dogma se desarrolló, por una parte, en relación con la leyenda de Jesús, que entonces iba adquiriendo formas, y otra parte en la lucha entre los cristianos de origen judío y los de origen pagano.

Bauer también proporciona valiosos datos acerca de las causas que ayudaron al cristianismo a triunfar y lograr su dominio mundial. Pero aquí el idealismo del filósofo alemán impide a éste ver con claridad y formular con precisión. Las frases remplazan a menudo a la sustancia en los puntos decisivos. Por lo tanto, en lugar de entrar en el detalle de las opiniones de Bauer, ofreceremos nuestra propia concepción de este punto, basada en las obras de Bauer y también en nuestro estudio personal.

La conquista romana disolvió en todos los países subyugados, primero, directamente, las anteriores condiciones políticas, y luego, en forma indirecta, también las condiciones sociales de vida. En primer lugar, al sustituir la anterior organización basada en los Estados (esclavos aparte) por la sencilla distinción entre ciudadanos romanos y peregrinos o súbditos. En segundo término, y principalmente, al arrancar tributos en nombre del Estado romano. Si bajo el Imperio se ponía un límite, hasta donde ello fuera posible y en interés del Estado, a la sed de riquezas de los gobernadores, este ansia de rique-

zas fue remplazada por los impuestos, más eficaces y opresivos, en beneficio del tesoro del Estado, régimen impositivo cuyo efecto resultaba terriblemente destructor. En tercer lugar, la ley romana fue finalmente administrada en todas partes por jueces romanos, en tanto que el sistema social local era declarado inválido en la medida en que resultaba incompatible con las estipulaciones de aquélla. Estas tres palancas crearon por necesidad un tremendo poder nivelador, particularmente cuando fueron aplicadas durante varios cientos de años a poblaciones cuyos sectores más vigorosos habían sido reprimidos o arrastrados en esclavitud a los combates que precedieron, acompañaron y a menudo siguieron a la conquista. En las provincias las relaciones sociales se acercaron cada vez más a las que regían en la capital y en Italia. La población se dividió cada vez más claramente en tres clases formadas con los más variados elementos y nacionalidades: los ricos, incluso no pocos esclavos emancipados (véase Petronio), los grandes terratenientes o usureros, o los que eran ambas cosas a la vez, como Séneca, el tío del cristianismo; los hombres libres y carentes de propiedades, que en Roma eran alimentados y divertidos por el Estado —en las provincias se las arreglaban por sus propios medios como podían—, y finalmente la gran masa, los esclavos. Frente al Estado, o sea el emperador, las dos primeras clases tenían tan pocos derechos como los esclavos frente a sus amos.

Desde la época de Tiberio hasta la de Nerón, en especial, existió la práctica de sentenciar a muerte a los ciudadanos romanos ricos a fin de confiscar sus propiedades. El respaldo del gobierno era, en lo *material*, el ejército, que se parecía más a un ejército de soldados extranjeros asalariados que al antiguo ejército campesino romano, y en lo *moral*, la opinión general de que no existía salida alguna para esa situación, de que había la necesidad inmutable no de este o el otro César, sino de un Imperio basado en la dominación militar. No es este el lugar para examinar en qué hechos sumamente materiales se basaba esa opinión.

La falta general de derechos y la desesperanza en cuanto a la

posibilidad de un mejoramiento de la situación provocaron un debilitamiento y una desmoralización generales correspondientes. Los pocos viejos romanos del tipo y opiniones patrióticos que sobrevivían fueron eliminados o murieron. Tácito fue el último de ellos. Los otros se alegraban cuando podían mantenerse alejados de la vida pública. No existían más que para amasar riquezas y gozar de ellas, y para dedicarse a las murmuraciones y a las intrigas privadas. Los ciudadanos libres y carentes de propiedades eran pensionistas del Estado en Roma, pero en las provincias su situación era penosa. Tenían que trabajar, y por añadidura se veían obligados a competir con la mano de obra esclava. Pero no podían salir de las ciudades. Aparte de ellos también había en las provincias campesinos, terratenientes libres (con tierras que aquí y allá todavía se poseían, probablemente, en propiedad común), o, como en Galia, hombres esclavizados a los grandes terratenientes en pago de deudas. Esta clase fue la menos afectada por la conmoción social; fue también la que más largo tiempo resistió la conmoción religiosa.[11] En último término estaban los esclavos, privados de derechos, y de su propia voluntad así como de la voluntad de liberarse por sí mismos, como ya lo había demostrado la derrota de Espartaco.

Pero la mayoría de ellos eran ex ciudadanos libres, o hijos de ciudadanos libres. Por consiguiente, el odio a su modo de vida tiene que haber sido todavía vigoroso, en general, aunque exteriormente impotente. Encontraremos que el tipo de ideólogos de la época concordaba con este estado de cosas. Los filósofos eran meros maestros de escuela pagos, o bufones a sueldo de calaveras adinerados. Algunos incluso eran esclavos. Un ejemplo de la suerte que corrían cuando se encontraban en una buena situación lo proporciona el propio Séneca. Este estoico y predicador de la virtud y la abstinencia fue el primer intrigante de la corte de Nerón, cosa que no habría podido llegar a ser sin servilismo. Consiguió de él regalos en dinero, propiedades, jardines y palacios, y mientras

11 Según Falhnerer, los esclavos de Main, Peloponeso, continuaban ofreciendo sacrificios a Zeus en el siglo IX.

predicaba la necesidad de ser el pobre Lázaro del Evangelio era en realidad el hombre acaudalado de la misma parábola. Hasta que Nerón trató de atacarlo no le pidió al emperador que le aceptase de vuelta todos sus regalos, porque le bastaba con su filosofía. Sólo filósofos completamente aislados, como Persio, tuvieron la valentía de blandir el látigo de la sátira sobre sus degenerados contemporáneos. Pero en cuanto al segundo tipo de ideólogos, los juristas, se mostraron entusiasmados por la nueva situación, porque la abolición de todas las diferencias entre los Estados les ofrecía un ancho horizonte para la elaboración de su derecho privado favorito, en compensación de lo cual prepararon para el emperador el más ruin sistema de derecho estatal que haya existido jamás.

Junto con las peculiaridades políticas y sociales de los distintos pueblos, el Imperio Romano también condenó a la ruina sus religiones particulares. Todas las religiones de la antigüedad fueron espontáneamente religiones de tribu y más tarde nacionales, que surgieron de las condiciones sociales y políticas de sus respectivos pueblos y se fusionaron con ellas.

Cuando estas bases quedaron disgregadas, y destrozadas sus formas tradicionales de sociedad, sus instituciones políticas heredadas y su independencia nacional, también se derrumbó, como es natural, la religión correspondiente a ellas. Los dioses nacionales podían soportar a otros dioses a su lado, como era la norma general en la antigüedad, pero no por encima de ellos. El trasplante de las divinidades orientales a Roma sólo resultó pernicioso para la religión romana, que no pudo contener la decadencia de las religiones orientales. En cuanto los dioses nacionales estuvieron incapacitados para proteger la independencia de su nación, sufrieron su propia destrucción. Así sucedió en todas partes (salvo entre los campesinos, y en especial en las montañas). Lo que la ilustración filosófica vulgar —estuve a punto de decir volterianismo— hizo en Roma y Grecia lo hizo en las provincias la opresión romana y el reemplazo de hombres orgullosos de su libertad por súbditos desesperados y por pelafustanes que sólo buscaban su propio interés.

Tal era la situación moral y material. El presente era insopor-
table, el futuro más amenazador aún, si tal cosa es posible.
No hay salida. No hay más que la desesperación o el refugiarse
en los más vulgares placeres sensuales, por lo menos *para
los que podían* permitírselo, que eran una pequeñísima mino-
ría. De lo contrario, no quedaba otra cosa que rendirse ante lo
inevitable.

Pero en todas las clases había necesariamente una cantidad de
personas que, desesperando de la salvación material, busca-
ban en cambio una salvación espiritual, un consuelo en la
conciencia para salvarse de la desesperación total. Este con-
suelo no lo podían ofrecer los estoicos, y tampoco la escuela
epicúrea, precisamente porque estas filosofías no estaban
destinadas a la conciencia común y, en segundo término, por-
que la conducta de los discípulos de esas escuelas desacredi-
taba las doctrinas de las mismas. El consuelo tenía que ser un
sustituto, no de la filosofía perdida, sino de la religión perdi-
da; tenía que adoptar una forma religiosa, lo mismo que todo
lo que haría presa en las masas desde entonces y hasta el siglo
XVII.

Apenas hace falta advertir que la mayoría de los que ansiaban
semejante consuelo para su conciencia, para esa huida del
mundo exterior al interior, se contaban necesariamente entre
los esclavos.

El cristianismo apareció en medio de esta decadencia general,
económica, política, intelectual y moral. Entró en decidida
contradicción con todas las religiones anteriores.

En todas las regiones precedentes el ritual había sido lo prin-
cipal. Sólo participando en los sacrificios y procesiones, y, en
el Oriente, observando los preceptos más detallados de dieta e
higiene, podía uno demostrar a qué religión pertenecía. Mien-
tras Roma y Grecia se mostraban tolerantes en este último
sentido, existía en el Oriente una manía de prohibiciones reli-
giosas que contribuyó en no poca medida a su derrumbe final.
Las personas pertenecientes a dos religiones distintas (egip-
cios, persas, judíos, caldeos) no podían comer o beber juntas;

realizar juntas acto cotidiano alguno o incluso hablarse. A esta segregación de los hombres entre sí se debió en gran medida la caída del Oriente. El cristianismo no conocía ceremonias distintivas, ni siquiera los sacrificios y las procesiones del mundo clásico. Al rechazar de este modo todas las religiones nacionales y sus ceremonias comunes, y al dirigirse a todos los pueblos sin distinción, se convierte en *la primera religión mundial posible*. También el judaísmo, con su nuevo dios universal, había hecho un buen comienzo en lo referente a convertirse en una religión universal. Pero los hijos de Israel siempre siguieron siendo una aristocracia entre los creyentes y los circuncisos, y el propio cristianismo tuvo que librarse de la idea de la superioridad de los cristianos judíos (todavía dominante en el llamado Libro de la Revelación de Juan) antes de poder convertirse en una religión realmente universal. Por otra parte el Islam, debido a que conservó su ritual específicamente oriental, limitó el alcance de su propagación al Oriente y el África del norte, conquistada y repoblada por los beduinos árabes. Allí se convertiría en la religión dominante, pero no en Occidente.

En segundo lugar, el cristianismo pulsó una cuerda que debía encontrar resonancias en innumerables corazones. A todas, las quejas contra la perversidad de la época y contra los sufrimientos morales y materiales generales, la conciencia cristiana del pecado contestaba: Así es, y no puede ser de otra manera. ¡Tú eres el culpable, todos vosotros sois culpables de la corrupción del mundo, que es tu propia corrupción interna! ¿Y dónde estaba el hombre que pudiese negarlo? **¡Mea culpa!** La admisión de la participación de cada uno en la responsabilidad de la desdicha general resultaba irrefutable y se convirtió en la precondition para la salvación espiritual que el cristianismo anunciaba al mismo tiempo. Y esta salvación espiritual fue instituida de tal modo, que pudiese ser entendida con facilidad por los miembros de todas las antiguas comunidades religiosas. La idea de la expiación para aplacar a la deidad ofendida existía en todas las religiones antiguas. ¿Cómo era posible, entonces, que la idea del auto-sacrificio

del mediador que expiaba de una vez por todas los pecados de la humanidad no encontrase en el cristianismo un fácil terreno? La religión cristiana, por lo tanto, expresaba con claridad el sentimiento universal de que los hombres son culpables de la corrupción general, y lo expresaba en la conciencia individual del pecado. Al mismo tiempo proporcionaba, en el sacrificio y muerte de su juez, una forma de salvación interior universalmente anhelada, de salvación del mundo corrompido, de consuelo para la conciencia. De esta forma volvía a demostrar su capacidad para convertirse en una religión mundial y, en verdad, en una religión que convenía al mundo tal como éste era entonces.

Así fue que entre los miles de profetas y predicadores del desierto que llenaron ese período con incontables innovaciones religiosas, sólo tuvieron éxito los fundadores del cristianismo. No sólo Palestina, sino el Oriente todo bullía de esos fundadores de religiones, y entre ellos se libraba lo que podría llamarse una lucha darvinista por la existencia ideológica. El cristianismo conquistó el triunfo gracias principalmente a los elementos arriba mencionados. La historia de la iglesia de los tres primeros siglos enseña en detalle cómo desarrolló su carácter de religión mundial, por selección natural, en la lucha de las sectas entre sí y contra el mundo pagano.

EL LIBRO DE LA REVELACIÓN

Una ciencia casi desconocida en este país, salvo para unos pocos teólogos liberalizantes que se las arreglan para mantenerla tan en secreto como pueden, es la crítica histórica y lingüística de la Biblia, las investigaciones sobre la época, el origen y el valor histórico de los distintos escritos comprendidos en el Antiguo y el Nuevo Testamentos.

Esta ciencia es casi exclusivamente alemana. Y, lo que es más, lo poco de ella que ha penetrado más allá de los límites de Alemania no es exactamente su mejor parte; es esa crítica latitudinaria que se enorgullece de ser desprejuiciada, completa y, al mismo tiempo, cristiana. Los libros no son exactamente revelados por el espíritu santo, pero, son revelaciones de la divinidad a través del sagrado espíritu de la humanidad, etc. Así, la escuela de Tubinga (Bauer, Gfrörer, etc.) es la gran favorita en Holanda y Suiza, así como en Inglaterra, y si se quiere ir un poco más lejos hay que seguir a Strauss. El mismo espíritu benigno pero absolutamente ahistórico domina en el renombrado Ernest Renán, que no es más que un pobre plagiaro de los críticos alemanes. De entre todas sus obras, no hay nada que le pertenezca con exclusividad, aparte del sentimentalismo estético del pensamiento que las impregna, y del lenguaje chirle que las envuelve.

Renán, sin embargo, ha dicho una cosa buena: *“Cuando se quiere tener una idea clara de lo que fueron las primeras comunidades cristianas, no hay que compararlas con las congregaciones parroquiales de nuestra época; eran más bien como secciones locales de la Asociación Obrera Internacional.”*

Y esto es correcto. El cristianismo se apoderó de las masas, tal como lo hace el socialismo, bajo la forma de una variedad de sectas y, aun más, de opiniones individuales en conflicto — algunas más claras, otras más confusas, siendo estas últi-

mas la gran mayoría—, pero todas opuestas al sistema imperante, a los “poderes existentes”.

Tómese, por ejemplo, el Libro de la Revelación, y se advertirá que, en lugar de ser el más oscuro y misterioso, es el libro más sencillo y claro de todo el Nuevo Testamento. Por el momento tenemos que pedirle al lector que crea en lo que vamos a demostrar en seguida. Que fue escrito en el año 68 de nuestra era, o en enero del 69, y que por lo tanto no es sólo el único libro del Nuevo Testamento cuya fecha se ha establecido, sino también el libro más antiguo. En él podemos ver como en un espejo qué era el cristianismo en el 68.

En primer lugar, las sectas, una y otra vez. En los mensajes a las siete iglesias de Asia se mencionan por lo menos tres sectas, de las cuales, por lo demás, no sabemos nada: los nicolaítas, los baalamitas y los partidarios de una mujer a la que aquí se asigna el nombre de Jezabel. De las tres se dice que permitieron que sus adherentes comiesen de las cosas sacrificadas a los ídolos y que se dedicaban a la fornicación. Es curioso que en cada gran movimiento revolucionario pase al primer plano el problema del “amor libre”.

Para un sector del pueblo, como progreso revolucionario, como eliminación de viejas cadenas tradicionales que ya no son necesarias; para otro, como una doctrina bien recibida, que abarca cómodamente todo tipo de prácticas libres y fáciles entre hombre y mujer. Este último tipo, el filisteo, parece haber predominado muy pronto, porque la “fornicación” está siempre vinculada a lo de comer “cosas sacrificadas a los ídolos”, que les estaba estrictamente prohibido a los judíos y a los cristianos, pero que en ocasiones podía resultar peligroso, o por lo menos desagradable, no hacer. Esto indica con toda evidencia que los amantes libres aquí mencionados tenían tendencia general a ser los amigos de todo el mundo, y que eran cualquier cosa menos mártires en potencia.

El cristianismo, como todo gran movimiento revolucionario, fue establecido por las masas. Surgió en Palestina, en forma que nos es absolutamente desconocida y en un momento en

que las nuevas sectas, las nuevas religiones y los nuevos profetas aparecían por centenares. Es, en rigor, un simple término medio, formado espontáneamente por la mutua fricción de las más progresistas de esas sectas, y más tarde se convirtió en una doctrina con el agregado de teoremas de Filón, el judío de Alejandría, y —después— de fuertes infiltraciones estoicas. En realidad podemos decir que Filón es el padre doctrinario del cristianismo, así como Séneca fue su tío. Pasajes enteros del Nuevo Testamento parecen haber sido copiados literalmente de las obras de éste. Y, por otra parte, en las sátiras de Persio se encuentran pasajes que parecen copiados del Nuevo Testamento, entonces aún no escrito. En nuestro Libro de la Revelación no se encuentra un solo rastro de todos estos elementos doctrinarios. En él tenemos el cristianismo en la forma más tosca en que se haya conservado para nosotros. Hay un solo punto dogmático dominante: el de que los creyentes han sido salvados por el sacrificio de Cristo. Pero el cómo y el porqué son absolutamente indefinibles. No hay otra cosa que la antigua idea judía y pagana de que Dios, o los dioses, deben ser propiciados con sacrificios, idea transformada en la noción específicamente cristiana (que en verdad hizo del cristianismo una religión mundial) de que la muerte de Cristo es el gran sacrificio que basta de una vez para siempre.

Del pecado original, ni rastros. Nada respecto de la trinidad. Jesús es “el cordero”, pero está subordinado a Dios. En realidad, en un pasaje (XV, 3) se lo pone en un pie de igualdad con Moisés. En lugar de un solo espíritu santo están “los siete espíritus de Dios” (III, 1, y IV, 5). Los santos asesinados (los mártires) claman a Dios pidiendo venganza: “*¿Hasta cuándo, Señor, santo y verdadero, no juzgas y vengas nuestra sangre de los que moran en la tierra?*” (VI, 10), sentimiento que más tarde ha sido cuidadosamente eliminado del código moral teórico de la cristiandad, pero que se puso en práctica con energía en cuanto los cristianos triunfaron sobre los paganos.

En rigor el cristianismo se presenta como una mera secta del judaísmo. Así, en los mensajes a las siete iglesias: “*Yo sé de*

la blasfemia de los que dicen ser judíos [no cristianos] y no lo son, mas son sinagoga de Satán” (II, 9) ; y más adelante (III, 9): *“Los de la sinagoga de Satán, los que dicen ser judíos, y no lo son”*. Así nuestro autor, en el año 69 de nuestra era, no tenía la menor idea de que representaba una nueva fase del desarrollo religioso, destinada a convertirse en uno de los más grandes elementos de la revolución. Así también, cuando los santos aparecen ante el trono de Dios, hay al principio 144.000 judíos, 12.000 por cada una de las doce tribus, y sólo después de ellos son admitidos los paganos que se han incorporado en esa nueva fase del judaísmo.

Tal era el cristianismo en el año 68, según lo describe el libro más antiguo del Nuevo Testamento, y el único cuya autenticidad no puede ser discutida. No sabemos quién fue su autor. Se hace llamar Juan. Ni siquiera pretende ser el “apóstol” Juan, porque en los cimientos de la “nueva Jerusalén” están *“los nombres de los doce apóstoles del cordero”* (XXI, 14). Por lo tanto éstos debían de estar muertos cuando él escribió su obra. Por los hebraísmos que abundan en su griego, gramaticalmente defectuoso —incluso mucho más que los otros libros del Nuevo Testamento—, resulta claro que era judío. El denominado evangelio de Juan, las epístolas de Juan y este libro tienen por lo menos tres autores distintos, cosa demostrada con claridad por el lenguaje de los mismos, si no lo demostraran las doctrinas que contienen, que chocan entre sí.

Las visiones apocalípticas que componen casi toda la Revelación, son tomadas en la mayoría de los casos en forma literal, desde los profetas clásicos del Antiguo Testamento y sus imitadores posteriores, a partir del Libro de Daniel (por el 190 de antes de nuestra era, que profetizaba cosas que habían sucedido siglos antes) y terminando con el “Libro de Enoc”, mezcla apócrifa escrita en griego no mucho antes del comienzo de nuestra era. La invención original, incluso el agrupamiento de visiones plagiadas, es sumamente pobre. El profesor Ferdinand Benary, con cuyo curso de conferencias dictado en 1841 en la Universidad de Berlín estoy en deuda por lo que sigue, ha demostrado de cabo a rabo de dónde tomó nuestro

autor cada una de sus pretendidas visiones. Por lo tanto resulta inútil seguir a nuestro “Juan” en todos sus vagabundeos. Será mejor que vayamos de inmediato al punto que descubre el misterio de este libro, que de cualquier manera es un libro curioso.

En total oposición con sus comentadores ortodoxos, que esperan que sus profecías todavía se cumplan, y eso luego de mil ochocientos años, “Juan” jamás deja de decir: *“El momento está cerca, esto sucederá muy pronto.”*. Cosa que se refiere en especial a la crisis que predice, y que indudablemente espera presenciar.

Esta crisis es el gran combate final entre Dios y el “anticristo”, como lo han llamado otros. Los capítulos decisivos son el XIII y el XVII. Para dejar a un lado todos los adornos innecesarios, “Juan” ve surgir del mar una bestia que tiene siete cabezas y diez cuernos (los cuernos no tienen que preocuparnos en lo más mínimo), *“y yo vi una de sus cabezas como herida de muerte; y la llaga de su muerte fue curada”*. Esta bestia tendrá poder sobre la tierra, contra Dios y el Cordero, durante cuarenta y dos meses (la mitad de los siete años sagrados), y en ese período todos los hombres llevarán en la mano derecha o en la frente la marca del animal o el número de su nombre. ***“Aquí hay sabiduría. El que tiene entendimiento, cuente el número de la bestia; porque es el número de hombre; y él número de ella es seiscientos sesenta y seis.”***

Ireneo, en el siglo II, sabía aún que con la cabeza herida y curada se nombraba al emperador Nerón. Éste había sido el primer gran perseguidor de los cristianos. A su muerte se difundió un rumor, en especial por Acaya y Asia, en el sentido de que no estaba muerto, sino sólo herido, y de que algún día reaparecería y sembraría el terror por todo el mundo (Tá-cito, *Ann.* VI, 22). Al mismo tiempo Ireneo conocía otra interpretación, antiquísima, que afirmaba que el número del nombre era 616, y no 666.

En el capítulo XVII vuelve a aparecer la bestia de siete cabezas, esta vez montada por la conocidísima mujer escarlata,

cuya elegante descripción puede encontrar el lector en el libro mismo. Un ángel explica a Juan:

*“La bestia que has visto fue y no es... Las siete cabezas son siete montes sobre los cuales se asienta la mujer; y son siete reyes; **los cinco son caídos; el uno es, el otro aún no es venido**; y cuando viniere, es necesario que dure breve tiempo. Y la bestia que era, y no es, es también el octavo, y es de los siete... Y la mujer que has visto, es la grande ciudad que tiene reino sobre los reyes de la tierra.”*

Aquí, entonces, tenemos dos claras afirmaciones: 1) la mujer escarlata es Roma, la gran ciudad que reina sobre los reyes de la tierra; 2) en el momento en que se escribe el libro reina el sexto emperador romano; después de él vendrá otro que reinará por un breve lapso; y luego regresará el que “es de los siete”, que fue herido pero curó y cuyo nombre está contenido en el misterioso número, aquel que Ireneo todavía sabía que era Nerón.

A partir de Augusto tenemos: Augusto, Tiberio, Calígula, Claudio y Nerón, el quinto. El sexto, el que es, es Galba, cuya ascensión al trono fue la señal para una insurrección de las legiones, en especial la de Galia, mandada por Otón, sucesor de Galba. Por lo tanto nuestro libro tiene que haber sido escrito durante el reinado de Galba, entre el 9 de junio del 68 y el 15 de enero del 69. Y predice como inminente el regreso de Nerón.

Pero ahora viene la prueba final: el número. También esto fue descubierto por Ferdinand Benary, y desde entonces nadie lo ha discutido en el mundo científico.

Unos trescientos años antes de nuestra era los judíos comenzaron a usar sus letras como símbolos de números. Los especulativos rabís vieron en ello un nuevo método para la interpretación mística o cábala. Las palabras secretas se expresaban por la cifra lograda con la suma de los valores numéricos

de las letras contenidas en ellas. Esta nueva ciencia se denominó **gematria**, geometría. Y bien, esta ciencia es aplicada aquí por nuestro “Juan”. Tenemos que demostrar 1) que el número contiene el nombre de un hombre, y que este hombre es Nerón; y 2) que la solución hallada rige tanto para el número 666 como para 616, igualmente antiguo. Tomamos las letras y sus valores:

נ(nun)	o sea →	n = 50
ר(resh)	o sea →	r = 200
ו(vav)	o sea →	o = 6
נ(nun)	o sea →	n = 50
כ(kof)	o sea →	k = 100
ס(samek)	o sea →	s = 60
ר(resh)	o sea →	r = 200

Nerón **Kesar**, el emperador Nerón, y en griego Nerón **Kai-sar**. Pero si en vez de la ortografía griega traducimos el latín Nero Caesar a caracteres hebreos, el *nun* del final de *Nerón* desaparece, y con él el valor de cincuenta. Esto nos lleva a la otra interpretación antigua de 616, y por lo tanto la prueba es tan perfecta como puede desearse.[12]

El misterioso libro, entonces, está perfectamente claro. “Juan” predice el regreso de Nerón para el año 70, más o menos, ocasión en que habrá un reinado del terror, que durará cuarenta y dos meses o sea 1.260 días. Después de ese lapso surge Dios, vence a Nerón, el anticristo, destruye por el fuego a la gran ciudad y esclaviza al diablo durante mil años. Comienza el milenio, etcétera. Todo esto ha perdido ya interés, salvo para las personas ignorantes que continúan calculando

12 La precedente ortografía del nombre, con o sin el segundo *nun*, es la que aparece en el Talmud, y por consiguiente es auténtica.

el día del juicio final. Pero como cuadro auténtico del cristianismo casi primitivo, pintado por uno de los cristianos de entonces, el libro tiene más valor que todo lo demás del Nuevo Testamento.

